



DESIG

Fig. 18

BADO 4 OCTUBRE 1997

tribuna las Últimas Not.

Antiguamente, cuando se remontaba agosto, había quienes cantaban victoria. Absurdo. La gente muere también en septiembre, en octubre...

Mario Cánepa Guzmán, por ejemplo,

sucumbió a fines de septiembre. Hacía tiempo que su salud andaba a palos con el águila. La noticia de su deceso me tomó desprevenido. No supe qué decir ni qué hacer. Además una gripe me había paralizado en cama. De esta forma falté cabalmente a la promesa hecha a Alfredo Núñez, alma mater del Café Santos, en el sentido de que el día sábado, a la hora de las exequias de Cánepa, nos encontraríamos en el columbario del Cementerio General.

No obstante sus muchas amistades, Mario Cánepa Guzmán suponía una suerte de navegante solitario de la literatura. Su norte era escribir, escribir. De su pluma brotaban poemas, cuentos, pequeñas obras de teatro, en fin, de todo cuanto Dios creó para la sección "escritores" de su vasta Enciclopedia Universal.

Ya en sus últimos años Mario Cánepa Guzmán se había hecho a la idea de que el escritor vive y muere más solo que Toribio el naufrago. Por otra parte, siempre se sintió haciendo frente al desamparo. Entendía que si escribir no era fácil, mucho más difícil era romper la costra de los oídos sordos.

Cuando se embolsó en la investigación personal de la historia del teatro y de la ópera en nuestro país tuvo ejemplos ilustres y denodados a la vista. Don Diego Barros Arana y don Francisco Antonio Encina. Modelos ciclópeos, es cierto, pero con algo de grandes roperos del siglo XIX ambos. Desoyendo el consejo de que la historia de las instituciones del hombre ahora la escriben equipos multidisciplinarios, no tuvo empacho en acometer su viaje a través de los meandros de la ópera y el teatro. En los intermedios escribía cuentos y seguía cultivando las fórmulas galantes de su poesía de juventud con influencia de Daniel de la Vega, al que dedicó un utilísimo estudio biográfico. Así como Daniel de la Vega fue uno de los ángeles tutelares en el terreno de la poesía, Alejandro Flores y Armando Mook merecieron su viva atención de espectador de teatro. No escribió memorias desde su butaca, como Yáñez Silva, pe-



El amigo Cánepa

Por Luis Sánchez Latorre

ro convirtió en materia viviente lo que para otros sólo era memoria.

Con toda su experiencia, se desvivía o desasosagaba a menudo ante la insensibilidad de los "medios es-

pecializados". Protestaba constantemente contra los hados que le impedían conservar una tribuna de opinión en un medio estable. Se negaba a comprender que en la segunda mitad del siglo XX si la poesía no se promueve con una empresa transnacional de fuegos artificiales vale menos que un futbolista cojo.

Reclamador y jeremiaco, era, con todo, a pesar de su tamaño de animal grande, manso y tierno comedor de pastos vernáculos. No hace tanto tiempo, desesperado ante el silencio que rodeaba la aparición de uno de sus libros de relatos, me pidió que lo orientara. Le insinué que así como él había escrito más de una vez sobre Oreste Plath, exigiera de Oreste Plath un trato recíproco. No demoró el folclorólogo en devolver la mano al amigo.

Para mí, su voz en el teléfono sonaba como un llamado del campo en el que nunca viví. "Achilenado", así se dice. Su acento "achilenado" no me podía ser más peculiar. En tiempos de trabajo en el mismo edificio de "El Mercurio", a las cinco de la tarde íbamos a tomar té al Café Santos. Solían acompañarnos Samuel Valenzuela, "ese flaco amigo tuyo" de que me hablaba al comercio Jorge Edwards, Ariel Leporati, el profesor Leporati; Wilfredo Mayorga, también maestro del teatro, Martín Cerda, Enrique Ramírez Capello, Fernando Emerich, Antonio de Undurraga, Rodrigo Sánchez y alguna vez Arturo Fontaine Talavera. Con Leporati y Samuel Valenzuela nos quedábamos con frecuencia a "vitrinear" por las calles céntricas. Nos encantaba imaginarnos multimillonarios dedicados a coleccionar las mejores estilográficas y los mejores relojes de mayor renombre. En una ocasión divisé en este mismo menester, meditando ante un notable Girard-Perregaux, nada menos que a Juan de Dios Vial Larrain, el filósofo premiado en 1997. "Ser y tiempo". Martín Heidegger.

Oigo de nuevo esa voz venida del campo:

-¡Laucho, escíbeme...!

-Sí, hombre, te estoy escribiendo!

El amigo Cánepa [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El amigo Cánepa [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile